

CHUBASCO (1)

(Cuento)

LO hacía muchas veces, desde Abril a Septiembre. Siempre que el tiempo y el quehacer profesional lo permitían. Se echaba fuera de la cama al alba, encajándose en el abollado 600 y ram, ram, ram, entre jadeos y estornudos del cascado cochecillo, pendientes y curvas endemoniadas, hasta coronar el áspero puerto. Unos metros más allá, aprovechando el cruce de un camino, daba la vuelta y dejaba el vehículo enfilado para el regreso. Echaba a andar, indiferentemente hacia derecha o izquierda, por la misma divisoria; y cuando comenzaba a fatigarse, buscaba asiento cómodo en cualquier lasca de aquel oleaje de granito, encendía un pitillo y se ensimismaba en su pensamiento o en la contemplación del paisaje.

No se cansaba nunca. Le bastaba situarse más allá o más acá, más alto o más bajo, para que la perspectiva cambiase y saltara un perfil inédito. En muchos años vio salir el sol innumerables veces, como rutilante moneda de oro, limpiamente recortada en el aire purísimo; se regocijó con las piruetas de los gazapos, aún no maliciados por la persecución de hombres y perros; escuchó el belicoso canto de los perdigones; admiró el instinto del zorro rastreando la huella de un conejo; y hasta alguna vez, cuando no podían ventearle, logró ver de cerca familias de jabalíes o lobos que regresaban de sus «razzias» nocturnas. Este baño de naturaleza tonificaba los nervios, serenaba el espíritu, hacía más soportable el contacto abrumador con la miseria humana. Hasta su soledad de cincuentón perdía hosquedad y ganaba humanismo. Y él, que sabía cuánto bien le proporcionaban, sólo por un imperioso deber profesional hubiera perdido estas horas de saneo psicológico.

(1) Premiado en el I Concurso Literario del S. E. M. de 1967.

De pronto, como un hachazo inesperado, cuando no podía ni imaginarlo en la radiante mañana de Julio, «aquello». Apenas alcanzada la rasante hubo de frenar con brío para no echarse encima.

Casi en el centro de la calzada estaba tumbado un hermoso ternero; a la derecha, con el morro semiempotrado en los canchales del talud, un potente vehículo deportivo. Entrevió dos figuras humanas, por las trazas sin vida. Se echó fuera rápidamente. Los mugidos del malherido animalito le hostigaron dolorosamente los oídos. La madre estaba junto a él, lamiéndole, llorando. Como un relámpago pensó: Los animales también lloran, sólo que los hombres no sabemos interpretarlo. Oyó voces. Carretera arriba venían un hombre, una mujer y un joven, hijo de ambos, seguramente. Se fue al coche, intentó abrir la puerta que daba al camino y no pudo. Forcejeó inútilmente. Quiso hacerlo por el otro costado; pero estaba tan arrimado al talud y a las matas que allí crecían, que no pudo meterse. Llegaron los otros, dando voces, maldiciendo. Confusamente les entendió que habían oído bramar las reses, sus reses; y temiendo que los lobos hicieran de las suyas, se habían levantado a toda prisa. Hacía poco, a lo sumo quince o veinte minutos. Se lamentaban amargamente por el ternero desgraciado y abominaban de todos los vehículos del mundo. Sonó alguna blasfemia. Les tenía sin cuidado la suerte de los ocupantes del coche y hubo de llamarles enérgicamente a la sensatez. Lo que debían hacer era rematar al animalito para que dejara de sufrir, y echarle en el primer camión que pasase hacia la cercana ciudad, donde podría ser vendido sin mucha pérdida. Conformes ya, la mujer echó a correr hacia la casa, en busca de un cuchillo. Los tres hombres intentaron desembarrancar el coche, hacerlo retroceder un poco, hasta ver si por la otra puerta daba acceso. Pelearon sin resultado. El sol acababa de salir y sudaban copiosamente. Le pareció oír el ruido de un potente motor y se fue a la rasante. Unos minutos después llegó el camión. Conductor y ayudante se dieron cuenta de lo que pasaba y se echaron abajo rápidamente. Los cinco hombres pusieron manos a la obra. Con un esfuerzo poderoso, apalancando con los gruesos garrotos traídos por los campesinos, lograron por fin retrotraer el pesado coche como un metro. Otro golpe, otro pequeño retroceso. Se metió por el angosto paso, alcanzó la portezuela y tiró. Cedió esta vez. Como pudo metió medio cuerpo. La cabeza del hombre descansaba sobre el volante, los brazos colgaban y había en el piso del coche un charquito de sangre. Buscó febrilmente la muñeca. Sus avezados pulpejos se fijaron unos segundos. Los demás estaban expectantes... Cuando soltó

el brazo y arrugó el entrecejo comprendieron que aquello no tenía remedio y sus rostros se pusieron tensos, herméticos. La muerte siempre impone. Alargó el brazo para tomar la muñeca de la mujer. Se detuvo algo más. Cuando la soltó, con un gesto de alivio en el rostro, también se distendieron los otros. Salió a la carretera.

—El hombre ha muerto, la mujer vive aún. Tenemos que hacer un esfuerzo para retirar algo más el coche y sacarlos. Unos minutos pueden significar para esa criatura la vida o la muerte.

Por el camino les llegó un refuerzo inestimable: tres hombres que aprovechaban la jornada tempranera para trabajar en la limpia de los pinares plantados unos años atrás. Ya les fue fácil situar el vehículo en posición conveniente. Pidió ayuda y sacaron el cadáver, después, con sumo cuidado, la mujer. Tendida en el suelo, sobre la hierba, la reconoció con más detenimiento. No había heridas o contusiones externas, más que aquella tremenda brecha fronto-parietal que dejaba el hueso al aire y había producido la hemorragia por la que estaba casi exangüe. La aldeana acababa de llegar con la herramienta. Ordenó con autoridad:

—Pondremos la mujer en mi coche, atrás. Usted, señora, irá ahí, cuidando que no caiga del asiento. Los demás, rematen al animalito y échenlo al camión. Usted puede ir para venderlo. Y usted, joven, se quedará aquí, hasta que llegue la Guardia Civil, a la que pondré sobre aviso en el primer pueblo.

Con pañuelos encontrados en el bolso de la mujer y tiras desgarradas de sus ropas improvisó un vendaje, que aplicó sabiamente. La colocaron en el coche, entró la aldeana, se puso al volante y arrancaron. Conducía con los cinco sentidos, cuidando la velocidad y sorteando los baches. A la entrada del pueblo paró ante el cuartel, puso al comandante de puesto en conocimiento de lo ocurrido y sin perder un segundo arrancó otra vez.

Una hora después, las ocho y media, detenía el coche frente a la única clínica de la pequeña ciudad. Sólo estaban un practicante y dos enfermeras. Llamó por teléfono al director, explicándole lo ocurrido y rogándole máxima celeridad. Autorizado por él trasladaron a la herida en una camilla hasta el quirófano, prepararon lo necesario para que los operadores pudiesen actuar sin pérdida de tiempo y aplicaron unas inyecciones para tonificar el corazón. La espera fue breve. Llegó el director acompañado por otro médico, e inmediatamente procedieron al reconocimiento del grupo sanguíneo y la transfusión. A continuación descubrieron la tremenda herida, la esterilizaron, suturaron y vendaron de nuevo. La reconoció el director más

detenidamente, confirmando su primera impresión de que no había otra lesión de importancia. Y como de momento nada más podía hacerse, trasladaron la herida a una habitación, dejándola al cuidado de una enfermera.

Al poco rato, luego de un último vistazo, salieron los tres colegas a la calle, dirigiéndose a un parquecillo vecino. Respiró profundamente: lo necesitaba para distender el espíritu tras el angustioso paréntesis de las horas pasadas. Pudo explicarles —y explicarse, porque hasta entonces había actuado casi automáticamente, guiado por el hábito profesional— el hecho en que tuvo que intervenir. Entraron en un café, donde calentó el estómago, que falta le hacía. Pensó entonces que con toda seguridad el Juez requeriría su testimonio, y para ahorrarse engorros posteriores decidió hacerlo en el momento. Se lo comunicó a los compañeros, despidiéronse y se encaminó al Juzgado. Hubo de esperar un buen rato, hasta que a las diez llegó el magistrado. Abrevió el trámite, narrando el caso sin dramatizar. El Juez le aseguró que estas cosas eran el pan nuestro de cada día, y lo que más trabajo le daba, sobre todo en la época estival; le agradeció la atención de visitarle y se despidieron. Regresó a la puerta de la clínica, se entró en el coche y arrancó. Pensó poco durante el camino, estaba como embotado. Cuando llegó al lugar del suceso allí estaba la pareja de civiles con el cadáver, que habían llevado a la sombra de un roble. Le dijeron que llegaron como una hora después de su aviso y no encontraron más que al difunto. Al joven seguramente no le agradó la compañía y se marcharía a cuidar el ganado. El les dijo que no tardaría en personarse el Juzgado y arrancó de prisa, sin mirar apenas: no tenía el menor deseo de que los detalles evocasen el mal sabor de la aventura. Corrió un poco más de lo normal y al filo de las doce encerraba el vehículo.

La patrona estaba alarmada. No había enfermos graves, cierto; pero las cuatro mujeres con críos averiados en la tripa, por sendos atracones de ciruelas o manzanas verdes, habían ido a preguntar por el médico, que no estaban en la clínica. La patrona no pudo explicarles por qué no estaba. Apenas entró le echó el ojo y vio lo que él aún no había visto: unas manchitas de sangre en la ropa. Nuevo y cansino relato. Se duchó, cambió de ropa y comió unos bocados. La patrona le observaba atentamente, con cierto aire de incredulidad maliciosa en el rostro. Entró en sus habitaciones, se encajó en un butacón, decidido a dormir. El cansancio actuó de sedante y lo consiguió. A las cinco se fue al café. Cuando entró las miradas convergieron en él. Le molestó la curiosidad. Empezaron a caer pre-

guntas. Se dio cuenta de que la aventura había proliferado en tantas raíces, tentáculos y filamentos que era imposible reconocerla: cada uno la había reelaborado a su modo. Como aquello le aburría, se marchó pronto. Al día siguiente el pueblo y los cercanos eran un hervidero de hipótesis. El reanudó su vida ordinaria, como si nada hubiera pasado. Filosofaba baratito: En realidad no ha pasado nada. Para el cálculo de probabilidades, un simple accidente de carretera entre los dos o tres mil previstos para este día. Por otro lado, una probabilidad contra un millón de que un coche, con un médico dentro, estuviera en el lugar y minuto justo para salvar una vida humana. Quedó pensativo.

* * *

Cuatro días estuvo sin subir. La patrona, que nunca le vio dilapidar tantas espléndidas mañanas seguidas, le miraba interrogante y con cierta socarronería. Se dio cuenta. ¿Qué pensaba de él? ¿Acaso le tomaba por un yeyé imberbe? ¿Acaso...? No. Era un hombre cabal, y la profesión le había endurecido lo bastante como para no hacer huella en el espíritu un vulgar accidente, por macabro que fuese. Ciertamente a veces se preguntaba: ¿Estará fuera de peligro? Seguro que sí. Hubo suerte y el tiempo justo. Dentro de lo malo puede dar gracias a Dios. ¿Y la herida? ¿Le quedará cicatriz? Sería una lástima: es una bella mujer. Pero, no; apenas una línea más pálida. El corte fue limpio y la sutura se hizo bien. ¿Quién sería? ¿De dónde? ¿Y él? ¿Padre? ¿Marido? ¿Hermano? ¿O...? El coche es bueno: gente de posición. ¿Y qué me importa a mí todo esto? Pero sin importarle se formuló las preguntas cien veces.

Al día siguiente de los hechos la tía Abogalla, que tenía noventa años y ningún diente, se zampó un kilo de jugosas peras pasaditas y le entró una diarrea irrefrenable. Se deshidrató como una esponja bien apretada en el puño. Y setenta horas después se despidió de un mundo que había sido para ella escasamente acogedor. Como el estado sanitario de la comunidad era aceptable, avisó para que al día siguiente algún improbable enfermo acudiese a consultar por la tarde, y al alba del quinto día sacó el cacharro y se largó.

Le costaba sujetar la imaginación. En la monotonía de su vida aquello actuó como la clásica piedra en el estanque, levantando un pequeño oleaje. Monologaba: Sí, dentro de unos días estará sana y se irá a su casa. ¿A París? Vaya usted a saber, Francia es grande. Y aunque el coche es de marca francesa, ¿no puede ser ella suiza,

alemana, belga? Se disparaba. Contra su costumbre, conduciendo, encendió un pitillo. Le serenó un poco. Cuando alcanzó lo alto del puerto iba más tranquilo. Ningún rastro quedaba del accidente. Sobre el papel de la calzada la goma de las muchas ruedas había borrado la escritura de sangre. Sólo unos raspones en el cantil embesitado y las matitas tronchadas daban un leve indicio. Pisó un poco más. Bueno y ahora cuando llegue y la vea, si es que puede recibir y hablar, ¿qué le digo? Suponiendo que sea francesa, del francés que estudié en dos cursos del bachillerato me queda el Bon jour, madame —o mademoiselle— y pare de contar. Quizá sea bastante. También el rostro y las manos suplen. Después de todo no es mucho lo que hay que hablar: preguntarle cómo sigue, condolerse por la pérdida de... quien sea y desearle pronta recuperación. Con pocas palabras sobra. Claro que... me gustaría saber algo más de ella, de su vida. Diablos, a mis años me estoy volviendo curioso. No, nada de eso. Las cuatro cortesías de una persona educada y otra vez a casa, a lo de siempre, A lo de siempre ..

Llegó a la ciudad. Como era muy temprano dejó el coche a la puerta de un garaje; después volvería para encargarse que mirasen algunas cosillas. Se metió en una churrería donde tomó algunos, calentitos, y un buen vaso de café con leche. Luego se dió un largo paseo por los pintorescos alrededores, bordeando la vieja muralla. Minutos antes de las diez se encaminó hacia la clínica, pasando antes por el garaje. Ya estaba el director. Le habían traído de madrugada un motorista con la cabeza abierta en cruz, como una granada, y acababa de echarle un vistazo. ¿La extranjera del otro día? Bien. Había pasado la conmoción y la herida era cuestión de días. Pronto estaría en condiciones de darse otro porrazo. Al padre lo habían enterrado dos días después, cuando llegó su mejor; recogieron el coche —que lo estaban reparando— y dentro de un par de semanas, a lo sumo, podrían arrancar para allá.

Con el más indiferente tono profesional preguntó si podía verla. Claro que sí, que podía verla; y hasta había cierto romanticismo en la primera entrevista de la salvada con su salvador. El colega sonrió al decir esto. Creyó notar chispitas de ironía; pero una mirada recta al rostro del amigo le convenció de que se trataba de un poco de buen humor, sin más intención. Golpeó el director con los nudillos en la puerta. Segundos después se abrió suavemente, recortándose en el hueco la figura de una señora enlutada. Vacilación en todos. Adelantóse el director y en un francés más bien mediano, salpicado de españolismos, explicó la situación y presentó al colega. La seño-

ra, sin decir palabra, con los ojos húmedos, le tendió la mano y apretó con fuerza la suya. El también estaba mudo y conmovido. ¿De qué serviría la docena de frases hechas, que constituían todo su caudal expresivo? Un largo silencio. Cuando la tensión bajó la propia madre le condujo hasta el fondo de la pequeña habitación, donde reposaba la herida. Había seguido la escena y dándose cuenta de todo. Sacó un brazo enflaquecido, la mano muy blanca y afilada, y apretó fuertemente la que él le tendió. Sólo oía como un rezo: merci, merci... El, nada. Las palabras son caretas del corazón, y a veces hay que avanzar a pecho abierto. La escena fue breve. No estaba la enferma para emociones fuertes y el director cortó. En la misma habitación se despidió de la madre. Salieron.

—Estaba mal, había perdido mucha sangre. Puede darte gracias por tu oportunísima llegada.

—Pura suerte. O quizá la Providencia... ¿Sales y tomamos algo?

—No, te lo agradezco, estaré por aquí hasta mediodía, esperando la reacción del que me trajeron esta madrugada.

—Entonces, hasta otro día. Voy a sacar el coche.

—Le parecía mentira que él, hombre ecuánime, curado de espanto, estuviera nervioso. Y lo estaba. Entró en un bar y se tomó casi seguidas tres cañas de cerveza muy fría. También en un estanco, a repostar pitillos. En realidad, aunque inconscientemente, lo que hacía era dar tiempo para agarrar el volante más tranquilo. A las once y media llegó al garaje, pagó la cuenta y emprendió el regreso.

Todo el corto viaje fue una obsesionante evocación. ¿Por qué llegaban ahora, justamente ahora, tan lejanos y amargos recuerdos? ¿Por qué misteriosas rutas del espíritu convergían en el centro de su ser el vulgar accidente de unos desconocidos —ni siquiera sabía sus nombres— y aquellos recuerdos muertos y enterrados muchos años atrás? Treinta años. Tenía veinte y acababa de liquidar su segundo de Medicina. Un poco retrasado, ciertamente. Se presentó en casa con sus aprobados —era del montón y nunca pasó de ahí—, dispuesto a ventilar sus vacaciones lo mejor posible. También llegó el hermano, dos años mayor, con su brillante doctorado en Derecho. El hermano era la gloria familiar, paradigma de las más altas calidades humanas. Arrogante mozo, simpático, inteligente. ¿Inteligente? Siempre le consideró más bien hábil, con mano izquierda, brillante; pero no denso, profundo. Y no era envidia, bien sabía Dios que no, sino pura objetividad, que no le cegaba. En cambio los padres veían en él un porvenir cimero, que encumbraría sus honrados apellidos de labradores más que acomodados. Y el dieciocho de Julio los cla-

rines enardecieron a los hombres. Y comenzó la sangre a correr. Y el veintiséis cayó heroicamente aquel hermano en el Alto de los Leones.

Todo se derrumbó. La madre se puso loca, total e irremediablemente loca. Se encerró en su habitación, sin querer comer ni ver a nadie. Hubo que llevarla al manicomio. Cuando hay fortaleza para resistir el primer envite, luego llegan la resignación y las compensaciones: medallas, cruces, citaciones honrosas, homenajes... Pero cuando se tiene la mirada —y la esperanza— fija en un punto y de pronto se desvanece, es imposible no hundirse en la desesperación. Al padre no le fue mejor, sólo que su recia hombría castellana le sostuvo. Pero se palpó el bajón: en veinte días envejeció veinte años. El aguantó el vendaval y dos meses después se incorporó a filas, con el angustioso resabio de que acaso no vería más a su padre. Por sus estudios le integraron en Sanidad, destinándole a un hospital de campaña. Y estando allá, en el frente norte, le llegó el golpe bajo, el que más duele.

Tenía su novia, claro: una chavala de dieciocho abriles con su primero de Letras. Cuando él marchó al frente, ella se ofreció como enfermera voluntaria en el hospital de guerra de la ciudad. Le escribía regular y cariñosamente, le enviaba paquetes de tabaco. Al cabo de unos meses notó irregularidad en el correo y cierta tendencia pseudofilosófica en las misivas. Le dio mala espina. Tan mala, que, a las cuatro o cinco de este cariz, llegó la última, en la que le decía que otro hombre había entrado en la órbita de su vida. Luego, perdóname, debes comprender, el destino...; todas esas cosas que tenemos a mano para justificarnos. Lo tomó con calma, casi fríamente, aunque el daño fue profundo e irreparable. Ni le escribió. ¿Para qué? Cuando al verano siguiente, terminada la campaña en el norte, le dieron permiso y fue a casa a ver a su padre, que se acababa por días, al pasar por la capital se enteró de que su rival —ahora ya, ni eso—, llegó al hospital con una gravísima herida, la estrella de alférez provisional y aureola de héroe, limpiamente ganada. No les guardó rencor, pero tampoco les deseó felicidad. No todos tenemos agallas de santos.

Se reincorporó. El padre falleció poco después, ya era casi insensible. Cumplió automáticamente su deber patriótico y humano. Al terminar la contienda se agarró a los libros; alternando servicios y estudio mientras estuvo en filas, y después en la pensión, en cuatro años logró terminar la carrera. Solicitó un pueblo, cualquiera, se lo adjudicaron y allá se fue. De vez en cuando visitaba a la madre, que

aún vivió algunos años, si aquello era vivir; pasaba por el pueblo, a cobrar las rentas que querían darle por las tierras y a rezar una oración por los suyos. Le adjudicaron muchas novias, quisieron casarle cien veces. El dejó correr el tiempo, hasta que se cansaron del juego y pudo estar en paz. Los enfermos, los libros, los paseos, algún café y alguna copa con amigos nunca íntimos. La gente adivinaba algo en su vida singular, pero él nada dijo nunca de su pasado. Así, más de veinte años. Hay vidas incomprensibles... hasta que se comprenden.

Llegó al pueblo, encerró el coche y se fue a casa.

* * *

En los días siguientes pensó, meditó, imaginó, fantaseó en cantidades industriales. La imaginación juega contigo, se decía; estás rodando una coproducción franco-española. Ella y tú. Telón de fondo, el pasado. ¿Es que no tengo derecho a ser feliz? Feliz.. Feliz... Eso se dice pronto; pero también se ha dicho que la felicidad pasa una sola vez por nuestra puerta. Por la tuya pasó hace mucho tiempo. Entonces recordaba los minutos que tuvo su mano entre las propias, la mirada dulce, y una tremenda rebelión le subía hasta los sesos. Volvía la cordura. De verdad, estoy chiflado. Veo visiones donde sólo hay la natural gratitud. Sí, esto es, esto debe ser. Doy vueltas a la noria en un pozo seco. Una palabra comenzó a atravesársele de sien a sien: ridículo. Siempre había tenido horror al ridículo, y ahora... Ridículo. Que a sus cincuenta años inventara novelitas rosas, cuando ni en la juventud había podido tragarlas... Se acabó. Y al poco rato tenía otra vez la cabeza llena de niebla. Pasado... presente... pasado... presente.. en ronda interminable, chirriante, agria. Campos de batalla donde menos se esperaría. Y montones de escombros.

Aparentemente la normalidad era absoluta. Horas de clínica y visita, horas de lectura, algunas salidas tempranas: lo de siempre. Un par de semanas más tarde, una mañana, sobre las once, estaba viendo a un enfermo cuando sintió que un coche se detenía ante el caserón en que pasaba consulta. La parada fue breve y el vehículo continuó. Inmediatamente oyó en el zaguán de espera su apellido pronunciado con una erre inconfundible. Con un enérgico tirón de la voluntad logró dominarse y continuar su trabajo. Dos minutos después —el caso no requería más— recetó, depachó al paciente y salió tras él. Allí estaban las dos, enlutadas, bellas y con una dolorosa sonrisa en los labios. El primer impulso fue precipitarse hacia aque-

llas manos que se le tendían amables, pero lo hizo pausadamente, con total corrección. Dios, qué luchas hay que librar para no perder los estribos. Quizá retuvo algo más de lo conveniente la mano, suave y ya más llenita. O quizá fue ella quien retuvo. Cualquiera averigua estas cosas. Rogó a las dos comadres que quedaban que esperasen unos minutos, a lo que accedieron satisfechas, entre otras razones, porque les permitía fisgonear y darse después importancia inventando espléndidos cuentos. Más con el ademán que con palabras las invitó a pasar al despacho, eerró la puerta y les ofreció asiento. En aquel momento se detuvo ante la casa el coche, que habría dado la vuelta en una plazoleta bastante más arriba. Breve silencio, durante el cual pasaron disimuladamente la mirada por la habitación. El las observaba discretamente e iba leyendo la impresión que les producía. La pintura era reciente, había limpieza y orden estricto: espíritu cartesiano, tan grato a nuestros vecinos traspirenaicos. Comprendió que el examen les satisfacía y también él quedó satisfecho.

Rompió a hablar la madre, titubeante, midiendo con precisión y calma los vocablos. Entendió, o más bien intuyó, que habían pasado por el lugar del accidente y calibrado el esfuerzo suyo y de los otros para neutralizar o aminorar las consecuencias del percance; y valorando su humanitario proceder, no quisieron marchar sin darle personalmente las gracias por su actuación, por la que, al menos, conservaba la vida de su hija. También ésta se expresó más o menos en los mismos términos, pero con emoción contenida y mirándole fijamente. El calor de aquellos ojos encendía sus entrañas, todavía jóvenes y capaces de arder. Se entendían, era maravilloso. Con un puñado de palabras mal conjuntadas se podían decir muchas cosas. Sí, cuando de verdad hay deseo de entenderse no hacen falta gramáticas y diccionarios. Quizá sobran.

Supo que eran de una industriosa ciudad del norte, dueños de una gran acerería; que allá quedaban un hermano mayor y otra hermana más joven; que los negocios marchaban bien, y era lastimosa la pérdida del jefe de familia, alma de la fábrica. La charla viró con delicadeza hacia él, su vida. No comprendían cómo había autolimitado su horizonte en aquel villorrio maloliente, aquellas gentes semibárbaras. Ah, si quisiera ir a Francia... Con su profesión tendría asegurado un excelente porvenir. Acaso en la propia fábrica hubiese un buen puesto, acorde con sus merecimientos. La tentación. Sudaba, defendiéndose. No, es absurdo. Cincuenta años. El pasado. No se puede tirar el pasado como un desperdicio, una monda. Cabalga

sobre nosotros hasta la muerte. Y el futuro... ¿Dónde está el futuro a los cincuenta años? La palabra se le clavó en el entrecejo: ridículo. Se reirían hasta las piedras.

Y denegó suavemente. Era tarde para enfilar nuevos rumbos. La vida había terminado treinta años atrás, cuando... Le dolía recordar, pero recordaba porque en aquel momento le hacía bien. Como hoguerilla falta de combustible la charla se extinguió. Los verdes ojos perdieron brillo y calor. Se levantaron. Con evidente displicencia insinuó la madre que cada uno vive de su trabajo, y ellas, además de agradecerse, deseaban abonarle sus honorarios y los gastos que se le originaron. Arrojó con una sonrisa la frialdad de la respuesta, que, ahora sí, le salió redonda:

- Soy un caballero, señora. Y español.

Salieron, cruzaron cortés despedida y se entraron en el coche. Permaneció en la carretera un minuto, hasta que el vehículo desapareció en la primera vuelta. Había un poco de tristeza, pero otra palabra se difundía en su corazón: paz... paz...

Entró en el despacho. En la puerta se volvió:

- Pase la primera.

EUGENIO PAYO



IDEARIO EXTREMEÑO

Mucho fe debe por cierto al vectuftífsimo Hypocrates: pero los libros que efcruio fueron mancos, confufos y fin guardar orden en ellos, y tan fubcintos, que es impofsible entendedellos fin comento: de adonde vino a dezir doctiffimamente Galeno, que Hypocrates dexo la flmiente de la Medicina, para que fus fueferos la cultiuaffen.

JVAN SORAPAN DE RIEROS